

HENRY JAMES

OWEN WINGRAVE

(Owen Wingrave, 1892)

I

-¡Pero tú estás mal de la cabeza! -clamó Spencer Coyle mientras el joven lívido que tenía enfrente, un poco jadeante, repetía: «Francamente, lo tengo decidido» y «Le aseguro que lo he pensado bien». Los dos estaban pálidos, pero Owen Wingrave sonreía de un modo exasperante para su supervisor, quien aun así distinguía lo bastante para advertir en aquella mueca -era como una irrisión intempestiva- el resultado de un nerviosismo extremo y comprensible.

-No digo que llegar tan lejos no haya sido un error; pero precisamente por eso me parece que no debo dar un paso más -dijo el pobre Owen, esperando mecánicamente, casi humildemente -no quería mostrarse jactancioso, ni de hecho podía jactarse de nada-, y llevando al otro lado de la ventana, a las estúpidas casas de enfrente, el brillo seco de sus ojos.

-No sabes qué disgusto me das. Me has puesto enfermo -y, en efecto, el señor Coyle parecía abatidísimo.

-Lo lamento mucho. Si no se lo he dicho antes ha sido porque temía el efecto que iba a causarle.

-Tenías que habérmelo dicho hace tres meses. ¿Es que no sabes lo que quieres de un día al siguiente? -demandó el hombre mayor.

El joven se contuvo por un momento; luego alegó con voz temblorosa: «Está usted muy enfadado conmigo, y me lo esperaba. Le estoy enormemente reconocido por todo lo que ha hecho por mí, yo haría por usted cualquier cosa a cambio, pero eso no lo puedo hacer, ya sé que todos los demás me van a poner como un trapo. Estoy preparado..., estoy preparado para lo que sea. Eso es lo que me ha llevado cierto tiempo: asegurarme de que lo estaba. Creo que su disgusto es lo que más siento y lo que más lamento. Pero poco a poco se le pasará -remató Owen.

-¡A ti se te pasará más deprisa, supongo! -exclamó satíricamente el otro. No estaba menos agitado que su amigo, y evidentemente ninguno se hallaba en condiciones de prolongar un encuentro que a los dos les estaba costando sangre. El señor Coyle era «preparador» profesional; preparaba a aspirantes al ejército, no más de tres o cuatro a un tiempo, aplicándoles el irresistible impulso cuya posesión era a la vez su secreto y su tesoro. No tenía un gran establecimiento, él habría dicho que no era un negocio al por mayor. Ni su sistema, ni su salud ni su temperamento se habrían avenido a los grandes números; así que pesaba y medía a sus discípulos, y eran más los solicitantes que rechazaba que los que admitía. Era en lo suyo un artista, que sólo se interesaba por los temas escogidos y era capaz de sacrificios casi apasionados por el caso individual. Le gustaban los jóvenes fogosos -había tipos de facilidad y clases de capacidad que le dejaban indiferente-, y a Owen Wingrave le había tomado un cariño especial. La valía de aquel chico, por no hablar de su personalidad toda, tenía un tinte particular que era casi un hechizo, que en cualquier caso cautivaba. Los candidatos del señor Coyle solían hacer maravillas, y habría podido ingresar a una multitud. Su persona tenía exactamente la estatura del gran Napoleón, con una cierta chispa de genialidad en los claros ojos azules: se había dicho de él que parecía un concertista de piano. Ahora el tono de su discípulo predilecto expresaba, ciertamente sin intención, una sabiduría superior que le irritaba. Antes la elevada opinión que Wingrave tenía de sí mismo, y que había parecido justificada por unas dotes notables, no le había molestado; pero hoy, de pronto, se le hacía intolerable. Cortó por lo sano la discusión, negándose rotundamente a dar por concluidas las relaciones que les unían, y señaló a su discípulo que le vendría bien irse a alguna parte -a Eastbourne, por ejemplo: el mar le pondría como nuevo- y tomarse unos cuantos días para pisar tierra y volver a la realidad. Podía robar ese tiempo, porque iba muy bien; cuando Spencer Coyle recordó lo bien que iba, de buena gana le habría dado de bofetadas. Aquel joven alto y atlético no era físicamente objeto recomendable para emplear con él razonamientos simplificados; pero una suavidad turbada en su apuesto semblante, índice de compunción mezclada con resolución,

prácticamente venía a decir que si con eso se consiguiera algo habría presentado ambas mejillas. Evidentemente no pretendía que su sabiduría fuera superior; tan sólo la exponía como suya. Era su carrera, al fin y al cabo, lo que estaba sobre el tapete. No podía negarse a la formalidad de intentar la estancia en Eastbourne, o por lo menos de callarse, aunque algo de su actitud implicaba que si lo hacía sería, en el fondo, por darle a Coyle ocasión de recobrarle. Él no se sentía nada cansado, pero era lo más natural que, con aquella presión tremenda, el señor Coyle lo estuviera. El propio intelecto de Coyle se beneficiaría de las vacaciones de su discípulo. Coyle vio por donde iba, pero se dominó; demandó únicamente, como era su derecho, una tregua de tres días. Owen le concedió, aunque el alimentar tristes ilusiones fuera visiblemente contra su conciencia; pero antes de que se separasen el famoso instructor comentó: «De todos modos, pienso que es mi deber hablar de esto con alguien. Creo que me has dicho que tu tía había venido a Londres.»

-Así es..., está en Baker Street. Vaya usted a verla -dijo el muchacho con solicitud.

Su tutor clavó en él una mirada penetrante. «¿Le has dicho algo de esta locura?».

-Aún no..., no se lo he dicho a nadie. Me pareció lo más correcto hablar antes con usted.

-¡Ah sí, «te pareció lo más correcto!» -clamó Spencer Coyle, indignado ante los cánones de su joven amigo. Añadió que probablemente iría a visitar a la señorita Wingrave; y tras esto el joven apóstata salió de la casa.

Pero no fue para partir de inmediato hacia Eastbourne, sino para dirigir sus pasos hacia los jardines de Kensington, de donde la deseable residencia del señor Coyle -cobraba carísimo y tenía una casa espaciosa- no distaba mucho. El famoso preparador daba alojamiento a sus discípulos, y Owen había dejado dicho al mayordomo que volvería a cenar. Su sangre joven notó la tibieza del día primaveral; en el bolsillo llevaba un libro que, una vez que se hubo adentrado en los jardines y, tras un corto paseo, aposentado en una silla, sacó con ese suspiro lento y blando con que al fin se acomete un placer demorado. Estiró las largas piernas y se puso a leer; era un volumen de poesías de Goethe. Llevaba varios días en un estado de máxima tensión, y ahora, al romperse la cuerda, el alivio había sido proporcionado; pero era característico de él que esa liberación tomara la forma de un placer intelectual. Si había arrojado por la borda la probabilidad de una carrera magnífica no era para holgazanear por Bond Street ni para pregonar su indiferencia desde el ventanal de un club. Sea como fuere, a los pocos momentos se le había olvidado todo -la presión tremenda, la decepción de Coyle y hasta su temible tía de Baker Street. Si estos vigilantes le hubieran sorprendido, de fijo habrían tenido argumentos que excusaran su exasperación. No cabía duda de que era contumaz, porque hasta en la elección de pasatiempo no hacía sino poner de manifiesto lo bien que llevaba el alemán.

-¿Tú sabes qué diantre le pasa? -preguntó esa tarde Spencer Coyle a Lechmere hijo, que nunca había visto al rector del establecimiento dando tan mal ejemplo de lenguaje. El joven Lechmere no era sólo condiscípulo de Wingrave; parecía ser amigo íntimo suyo, e incluso su mejor amigo, e inconscientemente le había prestado a Coyle el servicio de hacer resaltar más, por contraste, la promesa de las grandes dotes de Owen. Era de baja estatura, robusto y en general poco inspirado, y a Coyle, que no hallaba la menor diversión en creer en él, jamás le había parecido menos interesante que en aquel momento, viéndole responder con una mirada fija desde un rostro del que habría resultado tan difícil deducir que hubiese captado una idea como juzgar del almuerzo contemplando la tapadera de una fuente. Lechmere hijo ocultaba esa clase de logros como si de imprudencias juveniles se tratara. En cualquier caso, lo que era evidente era que no se le alcanzaba que pudiera haber motivos para pensar que a su compañero de estudios le pasara nada fuera de lo normal, de modo que Coyle tuvo que seguir adelante: Se niega a presentarse. ¡Lo manda todo a paseo!

Lo primero del caso que llamó la atención de Lechmere hijo fue la frescura, como de lengua vernácula olvidada, que había comunicado al léxico del maestro. «¿No quiere ir a Sandhurst?»

-No quiere ir a ninguna parte. Renuncia al ejército. Desaprueba -dijo Coyle en tono que dejó casi sin respiración al joven Lechmere- la profesión militar.

-¡Pero si ha sido la profesión de toda su familia!

-¿Profesión? ¡Ha sido su religión! ¿Conoces a Jane Wingrave?

-Sí. ¿Verdad que es horrible? -dijo inocentemente Lechmere hijo.

Su instructor titubeó. «Es imponente, si es eso lo que quieres decir, y está bien que lo sea; porque de algún modo, en su persona, aunque sea una apacible señora soltera, representa el poderío, representa las tradiciones y las gestas del ejército británico. Representa propiedad expansiva del nombre de Inglaterra. Doy por hecho que la familia de Wingrave se le eche encima, pero sería preciso poner en juego todas las influencias. Quiero saber cuál es la tuya. ¿Puedes *tú* hacer algo en esta cuestión?»

-Puedo intentar decirle un par de cosas -dijo reflexivamente Lechmere hijo-. Pero Wingrave sabe mucho. Tiene unas ideas bastante curiosas.

-¿Es que te las ha contado..., te ha hecho confidencias?

-Le he oído perorar hasta por los codos -sonrió el sincero joven-. Me ha dicho que lo desprecia.

-¿*Qué* es lo que desprecia? Yo no lo entiendo.

El más consecutivo de los educandos del señor Coyle se paró a meditar un momento, como consciente de una responsabilidad. «Pues yo creo que eso, la vida militar. Dice que tenemos una idea equivocada.»

-Pues no te lo debería decir *a ti*. Eso es corromper a la juventud de Atenas. Es sembrar la sedición.

-¡A mí no me hace mella! -dijo Lechmere hijo-. Tampoco me ha dicho nunca que pensara dejarlo. Siempre he creído que pensaba seguir hasta el final, sencillamente porque era su obligación. Wingrave es capaz de argumentar cualquier cosa y volverte la cabeza del revés... de eso doy fe. Pero es una verdadera lástima...; estoy seguro de que haría una gran carrera.

-Pues díselo; argumentaselo; lucha con él..., por lo que más quieras.

-Haré lo que pueda..., le diré que es una vergüenza.

-Eso es, pulsa *esa* nota...; insiste en que sería una deshonra.

El joven miró extrañamente a Coyle. «Estoy seguro de que es incapaz de hacer nada deshonroso.»

-Sí, pero... no parecería bien. *Eso* es lo que hay que hacerle ver..., atacarle por ahí. Dale el punto de vista de un camarada..., de un compañero de armas.

-¡Eso creía yo que íbamos a ser! -reflexionó románticamente Lechmere hijo, muy elevado por la naturaleza de la misión que se le asignaba-. Es un gran tipo.

-¡Nadie lo pensará si se echa atrás -dijo Spencer Coyle.

-¡Pues *a mí* que no se atrevan a decírmelo! -contestó su discípulo acalorado.

Coyle reflexionó, tomando buena nota de aquel tono y consciente de que, porque así de retorcidas son las cosas, aunque este muchacho fuera un soldado nato, en torno a *sus* opciones no habría nunca emoción, como no fuera en el ánimo de la buena chica con quien a punto fijo se uniría plácidamente en fecha no muy lejana. «¿Le aprecias mucho..., tienes confianza en él?»

La vida del joven Lechmere en aquellos tiempos se gastaba en responder a preguntas terribles, pero era la primera vez que le llovían en descarga tan cerrada. «¿Si tengo confianza? ¡Por supuesto!»

-¡Pues *sálvale!*

El pobre chico se quedó confuso, como si con esa intensidad se le obligara a entender que había más cosas en aquel ruego que las que pudieran salir a la superficie; y sin duda sentía que apenas empezaba a aprehender una situación compleja cuando un instante después, con las manos metidas en los bolsillos, repuso esperanzado pero sin arrogancia: «¡Ya verá como yo le convengo!»

II

Antes de ver a Lechmere, Coyle había resuelto enviar un telegrama a la señorita Wingrave. Había dejado pagada la respuesta, que al serle prestamente entregada puso punto final al encuentro que acabamos de relatar. Partió Coyle inmediatamente hacia Baker Street, donde la dama había dicho que le esperaba, y cinco minutos después de llegar, sentado frente a la singular tía de Owen Wingrave, repetía varias veces, desahogando su entristecido enojo y con la infalibilidad de su experiencia: «¡Es tan inteligente..., es tan inteligente!» Había declarado que preparar a un chico así había sido un lujo.

-Claro que es inteligente; ¿qué iba a ser si no? ¡Que yo sepa, no ha habido más que un tonto en la familia! -dijo Jane Wingrave. Era ésta una alusión que Coyle podía entender, y que le recordaba otra de las razones del desengaño, de la humillación, por así llamarla, de la buena gente de Paramore, a la vez que daba ejemplo de aquella consciente rudeza que ya en otras ocasiones había observado en su anfitriona. El pobre Philip Wingrave, hijo primogénito del difunto hermano de esta señora, era literalmente imbécil y vivía desterrado de todas las miradas; deforme, inapto para la sociedad; irrecuperable, había sido relegado a un manicomio privado, y reducido, dentro del círculo de los amigos de la familia, a pequeña leyenda lúgubre y silenciada. Todas las esperanzas de la casa, de la pintoresca Paramore, ahora residencia permanente y un tanto triste del anciano sir Philip -sus achaques le tendrían allí recluido hasta el final-, recaían por lo tanto sobre la cabeza del hermano menor, a la que la naturaleza, como arrepentida de su anterior chapucería, había hecho notablemente apuesta y colmado de marcadas y genéricas dotes. Habían sido los únicos hijos del único hijo varón del anciano, quien, como tantos de sus antepasados, había entregado su vida joven y gallarda al servicio de su país. Owen Wingrave padre había recibido la herida mortal, en combate cuerpo a cuerpo, de un sable afgano; el golpe le había hundido el cráneo. Su esposa, que a la sazón se hallaba en la India, estaba por dar a luz su tercer hijo; y

cuando sobrevino el acontecimiento, en la angustia y la negrura, la criatura llegó al mundo sin vida y la madre sucumbió bajo la multiplicación de sus penas. En Inglaterra el segundo de los niños, que estaba en Paramore con su abuelo, pasó a ser objeto peculiar de la tutela de su tía, la única soltera; y durante aquel interesante domingo que por apremiante invitación y a pesar de sus muchos quehaceres había pasado Spencer Coyle bajo ese techo, luego de que aceptase preparar a Owen, el celebrado instructor recibió una impresión vívida de la influencia que ejercía la señorita Wingrave, en su intención al menos. Efectivamente, el observador hombrecito había conservado una imagen curiosa de aquella corta visita: la visión de una casa de tiempos del rey Jacobo, venida a menos, decrepita y notablemente tétrica, pero llena de carácter todavía y llena de cualidades para servir de marco a la figura distinguida del viejo soldado ya pacificado. Sir Philip Wingrave, reliquia más que celebridad, era un octogenario derecho, menudo y curtido, de ojos como brasas en rescoldo y estudiada cortesía. Le gustaba hacer los honores disminuidos de su casa, pero incluso cuando con mano temblorosa encendía la vela del dormitorio para un invitado entre las protestas de éste era imposible no vislumbrar, por debajo de la superficie, al viejo inmisericorde hombre de guerra. Los ojos de la imaginación podían volverse hacia su apretado pasado oriental -a episodios en los que sus escrupulosos modales sólo podían haber servido para tornarle más terrible. Tenía su leyenda... ¡y qué historias se contaban de él!

Coyle recordaba también otras dos figuras: una tal señora Julian, descolorida e inofensiva, domesticada en la casa por un sistema de visitas frecuentes como viuda de un oficial y amiga particular de la señorita Wingrave, y una muchacha de dieciocho años, notablemente despierta, que era hija de esa señora y que al especulativo vivitante le pareció ya formada para otras relaciones. Era muy impertinente con Owen, y en el transcurso de un largo paseo que Coyle se había dado con el joven, y cuyo efecto fue, entre la mucha charla, consolidar su buena opinión de él, había sabido -porque Owen parloteaba confidencialmente- que la señora Julian era hermana de un caballero muy gallardo, el capitán Hume-Walker, del cuerpo de Artillería, que había caído en la sublevación de la India, y de quien se creía que entre él y Jane Wingrave (había sido la única concesión conocida de esta dama) hubiera habido una situación delicada, que tomó un sesgo trágico. Habían estado prometidos, pero ella, cediendo a su naturaleza celosa, había roto con él y le había despachado a su destino, que fue espantoso. Una conciencia apasionada de haberle maltratado, un remordimiento áspero y perpetuo había tomado posesión de ella desde entonces, y cuando la pobre hermana del capitán, también ella unida a un soldado, quedó casi sin recursos por un golpe aún más duro, se había consagrado inflexiblemente a una larga expiación. Había buscado consuelo en tener a la señora Julian residiendo durante gran parte del tiempo en Paramore, donde vino a hacer las veces de ama de llaves sin sueldo, aunque no sin críticas, y Spencer Coyle casi creyó ver una parte de ese consuelo en la libertad de pisotearla a placer. La impresión de Jane Wingrave no sería la más débil que cosechara en aquel domingo intensificador -una ocasión singularmente teñida para él de la sensación de luto y pena y recuerdo, de nombres nunca pronunciados, del lamento lejano de las viudas y los ecos de batallas y malas nuevas. Ciertamente era todo muy militar, y a Coyle le hizo estremecerse un poco ante aquella profesión cuyas puertas ayudaba a franquear a unos jóvenes por lo demás inofensivos. La señorita Wingrave podía, además, agravar esa mala conciencia: tan fría y clara era la buena que miraba a Coyle desde sus ojos, hermosos y duros, y vibraba en su sonora voz.

Era persona de gran distinción, angulosa pero no desgarbada, de amplia frente y abundante cabello negro, colocado como el de quien, quizá excusablemente, se cree poseedora de una cabeza «aristocrática», y ya irregularmente veteado de blanco. Pero si para nuestro perturbado amigo representaba el genio de una raza militar no era porque tuviese andares de granadero ni vocabulario de cantinera; era tan sólo porque esas asociaciones estaban vívidamente implícitas en el hecho genérico al que su mera presencia y cada una de sus acciones y miradas y tonos aludían de forma constante y directa: la valentía suprema de su familia. Si era militar era porque venía de casta de militares y porque por nada del mundo habría sido otra cosa que lo que habían sido los Wingrave. Al hablar de sus antepasados caía casi en la vulgaridad, y el que se viera tentado a reñir con ella habría encontrado un buen pretexto en su defectuoso sentido de las proporciones. Esa tentación, sin embargo, no le decía nada a Spencer Coyle, para quien Jane Wingrave, como carácter fuerte manifestado en color y sonido, era casi un espectáculo, y que se alegraba de ver en ella una fuerza ejercida en su favor. Habría deseado que su sobrino tuviera algo más de la estrechez de miras de su tía, en lugar de aquella tendencia a contemplar las cosas en sus relaciones que era en él casi una maldición. Se preguntaba por qué, cada vez que la señorita Wingrave venía a la ciudad, escogía Baker Street para alojarse. Él nunca había conocido ni oído hablar de Baker Street como lugar residencial -no lo asociaba más que con bazares y fotógrafos. Adivinaba en ella una indiferencia rígida hacia todo lo que no fuera la pasión de su vida. Eso era lo único que verdaderamente le importaba, y habría tomado habitaciones en Whitechapel si hubieran entrado en sus planes tácticos. Jane

Wingrave había recibido a su visitante en un salón espacioso, frío y descolorido, amueblado con asientos resbaladizos y decorado con jarrones de alabastro y flores de cera. La única pequeña comodidad personal que parecía haberse procurado era un grueso catálogo de los Economatos del Ejército y la Armada, que reposaba sobre un vasto y desolado tapete de falso azul. Su clara frente -era como una pizarra de porcelana, un receptáculo para direcciones y cuentas- se había ruborizado cuando el preparador de su sobrino le comunicó la insólita noticia; pero Coyle vio que, afortunadamente, estaba más enojada que asustada. Tenía esencialmente, tendría siempre, demasiada poca imaginación para el miedo, y además la sana costumbre de plantar cara a todo le había enseñado que las ocasiones solían encontrar en ella un contrincante nada despreciable. Veía Coyle que su único temor en la hora presente podría haber sido el de no poder impedir que su sobrino apareciese en público como un asno, o como cosa peor, y que a esa clase de aprensiones la señorita Wingrave era de hecho inasequible. Tampoco, prácticamente, podía turbarla la sorpresa; Jane Wingrave no reconocía ninguno de los sentimientos fútiles, de los sentimientos sutiles. Si Owen había hecho el tonto, aunque sólo hubiera sido por una hora, eso la enojaba; le molestaba como le habría molestado enterarse de que su sobrino declaraba deudas o se había enamorado de una muchacha de baja condición. Pero en todo enojo quedaba el dato salvador de que nadie podría tomarla *a ella* por tonta.

-Yo no recuerdo haberme tomado tanto interés por ningún otro muchacho..., creo que no lo he hecho nunca, desde que trato con ellos -dijo Coyle-. Le aprecio, tengo confianza en él. Ha sido un verdadero placer ver cómo se desenvolvía.

-¡Sé muy bien cómo se desenvuelven! -Jane Wingrave echó la cabeza atrás, con gesto tan entendido como si ante ella hubiera desfilado una hueste impetuosa de muchas generaciones con rechinar de vainas y espuelas. Spencer Coyle recogió la insinuación que ella no tenía nada que aprender de nadie acerca del porte natural de un Wingrave, y hasta se sintió convicto por las palabras que siguieron a éstas de ser, a ojos de aquella señora, con la apurada historia su contratiempo, la débil lamentación por su educando, más bien un pobre hombre.- ¡Si le aprecia -exclamó la señorita Wingrave-, haga el favor de tenerle sujeto!

Coyle empezó a explicarle que era menos sencillo de lo que ella parecía imaginar; pero comprendió que realmente Jane Wingrave entendía poco de lo que le decía. Cuanto más se le insistía en que el chico tenía una especie de independencia intelectual, más lo interpretaba como prueba concluyente de que su sobrino era un Wingrave y un soldado. Hasta que le mencionó que Owen había hablado de la carrera de las armas como cosa que estaría «por debajo» de él, hasta que aquella luz más intensa sobre la complejidad del problema fijó bruscamente su atención, no reaccionó, tras un momento de reflexión estupefacta, con un: «¡Dígale que venga a verme inmediatamente!»

-Justamente para eso quería pedirle permiso. Pero también he querido prepararla para lo peor, hacerle comprender que veo a Owen verdaderamente obstinado, y sugerirle que los argumentos más poderosos que tenga usted a su alcance -sobre todo si pudiera usted esgrimir alguno intensamente práctico- nunca estarían de más.

-Creo tener un argumento poderoso -y la señorita Wingrave miró fijamente a su visitante. No tenía éste la menor idea de qué artefacto pudiera ser, pero le rogó que lo pusiera en campaña sin demora. Prometió que el joven acudiría a Baker Street aquella misma noche, mencionando, no obstante, que él ya le había instado vivamente a marcharse a pasar un par de días en Eastbourne. Esto llevó a Jane Wingrave a inquirir, sorprendida, qué virtud podía encerrarse en *ese* costoso remedio, y a replicar con decisión, al decirle él: «La virtud de un pequeño descanso, un pequeño cambio, un pequeño alivio de la tensión nerviosa»: «¡Ah, no le dé caprichos...; nos está costando mucho dinero! Yo hablaré con él y le llevaré conmigo a Paramore; allí se hará con él lo que hay que hacer, y se lo devolveremos a usted corregido.»

Spencer Coyle acogió esta garantía con muestras externas de satisfacción, pero antes de despedirse de la esforzada dama era consciente de haber tomado sobre sí una nueva preocupación: un desasosiego que le llevó a decirse, lamentándose para sus adentros: «Sí, en el fondo *es* un granadero, y no está dispuesta a obrar con tacto. No sé cuál será su poderoso argumento; lo que me temo es que actúe sin sentido y el chico se empecine aún más. Es mejor el viejo..., él *sí* sabe emplear el tacto, aunque tampoco es un volcán del todo apagado. Lo más probable es que Owen le ponga hecho una furia. En fin, es un problema que el mejor de ellos sea el chico.»

Aquella noche, a la hora de cenar, volvió a sentir que el mejor era el chico. El joven Wingrave -quien, observó complacido Coyle, aún no había partido hacia la costa- se presentó en la colación como de costumbre, con aire inevitablemente un poco consciente de sí, pero no demasiado original para Bayswater. Con toda naturalidad entabló conversación con la señora Coyle, que desde el principio le tenía por el joven más apuesto que había pasado por aquella casa; de suerte que el más incómodo de los presentes era el pobre Lechmere, que se esforzó

mucho, como a instancias de la más profunda delicadeza, en no cruzar la mirada con su descarriado compañero. Spencer Coyle, sin embargo, pagaba el precio de su propia hondura con estar cada vez más preocupado; veía tan claro que había toda clase de cosas en su joven amigo que la gente de Paramore era incapaz de comprender. Ya empezaba incluso a desaprobador la idea de presionarle; a decirse que al fin y al cabo tenía derecho a pensar como quisiera; a recordar que estaba hecho de una pasta demasiado fina para manejarla con manos torpes. Era así como el fogoso preparador, entre sus percepciones caprichosas y sus complicadas solidaridades, vivía en general condenado a no instalarse cómodamente ni en sus desagradados ni en sus entusiasmos. Su amor a la verdad rigurosa no le daba nunca ocasión de disfrutarlos. Después de cenar habló a Wingrave de la conveniencia de una visita inmediata a Baker Street, y el joven, con gesto extraño, o que así se lo pareció -es decir, volviendo a sonreír con aquella terca animación al servicio de una causa equivocada que ya mostrara en la reciente entrevista de los dos-, partió para enfrentarse a la prueba. Spencer Coyle estaba seguro de que iba amedrentado, de que su tía le daba miedo, pero no veía en ello señal de pusilanimidad. *El* habría ido amedrentado, bien se hacía cargo, de haber estado en la posición del pobre muchacho, y la visión de su pupilo marchando hacia la batería con paso resuelto a pesar de sus terrores era una viva estampa del temple del soldado. Más de un bravo joven se habría echado atrás ante ese especial peligro.

-¡Qué ideas tiene! -exclamó Lechmere hijo, dirigiéndose a su instructor, luego que su camarada hubo salido de la casa. Estaba asombrado y un tanto compungido -tenía una emoción que desahogar. Antes de la cena había abordado derechamente a su amigo, como le había pedido Coyle, y le había sonsacado que sus escrúpulos se fundaban en un convencimiento aplastante de la imbecilidad -«crasa barbarie» lo llamaba- de la guerra. Su gran queja era que no se hubiera inventado nada más inteligente, y estaba resuelto a demostrar, de la única manera que podía, que *él* no era así de animal.

-¡Y opina que a todos los grandes generales habría habido que fusilarles, y que Napoleón Bonaparte en particular, el más grande, era un bellaco, un criminal, un monstruo tal que no hay palabras para calificarle! -replicó Coyle, completando el cuadro que le pintaba Lechmere-. Veo que te ha obsequiado exactamente con las mismas perlas de sabiduría que me ofreció a mí. Pero quiero saber qué has dicho *tú*.

-¡Yo he dicho que eso era una sarta de majaderías! -El joven Lechmere lo dijo con énfasis, y se sorprendió un poco al oír que el señor Coyle se reía, fuera de tono, ante tan justa declaración, y seguía diciendo pasado un instante:

-Es muy curioso todo eso..., no diría yo que no lleve algo de razón. ¡Pero es una pena!

-Me ha contado cuándo empezó a verlo desde ese ángulo. Hace cuatro o cinco años, leyendo un montón de cosas sobre todos los grandes y sus campañas: Aníbal y Julio César, Marlborough, Federico y Bonaparte. Es verdad que ha leído mucho, y según él eso le abrió los ojos. Dice que le invadió una ola de repugnancia. Habla de la «miseria insondable» de las guerras, y pregunta por qué las naciones no despedazan a los gobiernos, a los gobernantes que las sostienen. Al que más aborrece es al pobre Bonaparte.

-Bueno, es verdad que el pobre Bonaparte era un bellaco. Era todo un rufián -declaró inopinadamente el señor Coyle-. Pero supongo que eso no se lo habrás reconocido.

-Hombre, sí, seguro que habría cosas que decir de él, y yo me alegro mucho de que le pusiéramos de rodillas. Pero lo que le he señalado a Wingrave es que también su propio comportamiento se prestaría a muchísimos comentarios. -Y Lechmere hizo una pausa de apenas un instante antes de añadir: -Le he dicho que tendría que prepararse para lo peor.

-Por supuesto que él te habrá preguntado qué entendías tú por «lo peor» -dijo Spencer Coyle.

-Sí, me lo preguntó, ¿y sabe qué le dije? Le dije que sus escrúpulos de conciencia y su oleada de repugnancia se interpretarían como un mero pretexto. Entonces me dijo: «¿Pretexto de qué?»

-¡Ah, ahí te puso en apuros! -respondió el señor Coyle con una risilla incomprensible para su educando.

-En absoluto..., porque se lo dije.

-¿Qué le dijiste?

Una vez más, durante unos instantes, con su mirada consciente puesta en la de su instructor, el joven se hizo esperar. «Pues lo que estuvimos hablando hace unas horas. La impresión que daría de no tener... -El sincero joven titubeó de nuevo, pero lo soltó: -Temple militar, ¿no? ¿Y sabe usted qué nos contesta a eso? -continuó.

-¡Al cuerno el temple militar! -repuso prestamente el preparador.

Lechmere hijo le miró sin parpadear. El tono del señor Coyle le dejaba en la duda de si estaba atribuyendo la frase a Wingrave o formulando una opinión propia, pero exclamó: «Ésas han sido exactamente sus palabras!»

-Le da igual -dijo Coyle.

-Quizá. Pero no es justo que se meta con *nosotros*. Yo le he dicho que es lo mejor del mundo, y que no hay

nada más espléndido que el valor y el heroísmo.

-¡Ahí eras *tú* el que le tenía pillado!

-Le he dicho que era indigno de él insultar una profesión gloriosa, magnífica. Le he dicho que no hay figura más digna que la del soldado que cumple con su deber.

-Esa es esencialmente *la tuya*, hijo mío.

-El joven Lechmere se ruborizó; no veía claro -y era un riesgo que naturalmente le resultaba inesperado- si en aquel momento no existiría principalmente para diversión de su amigo. Pero le tranquilizó en parte la jovialidad con que ese amigo continuó, poniéndole una mano en el hombro: -¡Sigue hablándole así! Podemos conseguir algo. En cualquier caso, te lo agradezco enormemente.

Otra duda quedaba, empero, sin disipar; una duda que le impulsó a un nuevo desahogo antes de abandonar el doloroso tema: «¡Le da igual! ¡Pero es incomprensible que le dé igual!»

-Sí, pero acuérdate de lo que me decías esta tarde..., me refiero a eso de que no le aconsejarías a nadie que te viniera *a ti* con insinuaciones.

-¡Creo que le tumbaría de una bofetada -dijo Lechmere hijo. Coyle se había puesto en pie; esta conversación de los dos había tenido lugar después de que la señora Coyle se retirase de la mesa, y el dueño del establecimiento, obediente a principios que formaban parte de su minuciosidad, administró a su cándido pupilo una copa de excelente clarete. El discípulo en cuestión, también en pie, remoloneó un instante, no por darle otro «tiento», como él hubiera dicho, a la garrafa, sino para secarse el microscópico bigote con prolongado e inusitado esmero. Su acompañante vio que tenía algo que decir que requería un último esfuerzo, y le esperó un momento con la mano en el pomo de la puerta. Al acercarse más Lechmere hijo, Spencer Coyle advirtió una intensidad desacostumbrada en aquella cara redonda e ingenua. El muchacho estaba nervioso, pero trataba de comportarse como un hombre de mundo. -Por supuesto que esto queda entre nosotros -tartamudeó-, y ni se me ocurriría nombrarlo ante nadie que no tuviera el interés que tiene usted por el pobre Wingrave. Pero ¿usted cree que es por zafarse?

Coyle le miró por un instante con tal dureza que visiblemente se asustó de lo que había dicho. «¡Zafarse! ¿Zafarse de qué?»

-Pues de eso de lo que hablábamos... del servicio. -El joven Lechmere tragó saliva y añadió, con una falta de ingenio activo que a Spencer Coyle le pareció casi patética: -¡De los peligros, ya me entiende!

-¿Que esté pensando en su pellejo, quieres decir?

Los ojos de Lechmere hijo se dilataron suplicantes, y lo que su instructor vio en su rosada faz -creyendo ver incluso una lágrima- fue el horror a un desengaño que sería tan espantoso como grande había sido la lealtad de la admiración.

-¿Le da..., le da mucho *miedo*? -repitió el sincero mozo con temblorosa zozobra.

-¡Quiá, hombre! -dijo Spencer Coyle, volviendo la espalda.

Con lo cual el joven Lechmere sintió un poco de desaire y hasta un poco de vergüenza. Pero mayor que todo eso fue su alivio.

III

Menos de una semana después Spencer Coyle recibió una nota de Jane Wingrave, que había salido inmediatamente de Londres con su sobrino. Le proponía que se acercara a Paramore el domingo siguiente -Owen estaba muy pesado. Allí, en aquella casa de ejemplos y recuerdos y en combinación con su pobre padre, que estaba «tremendamente disgustado», podría valer la pena hacer un último esfuerzo. Coyle leyó entre las líneas de esta carta que el grupo de Paramore había cubierto mucho terreno desde que la señorita Wingrave, en Baker Street, tratara como superficial su propia desesperación. No era una mujer insinuante, pero llegaba al extremo de presentar la cuestión como un favor particular que podía hacer a una familia afligida; y expresaba el placer que les daría el que fuera acompañado por la señora Coyle, para quien adjuntaba una invitación por separado. Mencionaba que iba a escribir también, a reserva de que el señor Coyle diera su aprobación, al joven Lechmere. Pensaba que un muchacho tan simpático y varonil podría hacerle algún bien a su desdichado sobrino. El celebrado preparador decidió no despreciar la ocasión; y ahora no se trataba ya de que estuviera irritado, sino alarmado. Mientras dirigía su respuesta a la carta de la señorita Wingrave se sorprendió sonriendo ante la idea de que en el fondo iba a defender a su ex pupilo más que a entregarle. A su esposa, que era una mujer rubia, frescachona y lenta -persona de mucha más presencia que él-; le recomendó tomarle la palabra a Jane Wingrave: aquella casa era un ejemplar tan extraordinario, tan fascinante de hogar inglés de otros tiempos.

Esta última alusión era blandamente sarcástica -más de una vez había acusado a la buena mujer de estar enamorada de Owen Wingrave. Ella lo reconocía, se ufana incluso de su pasión; lo que demuestra que el tema, entre ellos, se trataba con espíritu liberal. Su esposa llevó adelante la broma aceptando la invitación con entusiasmo. A Lechmere hijo le pareció de perlas hacer lo propio; su instructor, bondadoso, dictammó que un pequeño descanso le refrescaría de cara al último empujón.

Si algo llamó la atención de nuestro amigo al poco tiempo de estar en la hermosa mansión fue que, en efecto, los ocupantes de Paramore se tomaban el trance muy a pecho. Esta brevísima segunda visita, que dio comienzo el sábado por la tarde, estaba llamada a constituir el episodio más extraño de su vida. Tan pronto como se halló en privado con su mujer -se habían retirado para arreglarse para la cena-, ambos se señalaron, con efusión y casi con alarma, la siniestra tristeza que impregnaba el lugar. La casa era admirable desde su antigua fachada gris, que avanzaba en alas formando tres lados de un cuadrilátero, pero la señora Coyle no tuvo empacho en declarar que si hubiera sabido de antemano la clase de impresión que iba a hacerle jamás habría puesto el pie en ella. La calificó de «inquietante», de ambiente malsano y lóbrego, y acusó a su marido de no habérselo advertido debidamente. Él le había anticipado algunas de las apariciones que la esperaban, pero la dama aún tenía innumerables preguntas que hacerle mientras se vestía casi febrilmente. No le había dicho nada de la chica, de aquella chica increíble, Kate Julian; no le había dicho, esto es, que esa señorita, que hablando en plata era una simple paniaguada, iba a ser de hecho, y como consecuencia de su manera de estar, la persona más importante de la casa. La señora Coyle estaba ya dispuesta a proclamar que detestaba la afectación de Kate Julian. Su marido, sobre todo, no le había dicho que iban a encontrar a su joven pupilo como si le hubieran echado encima cinco años más.

-No me lo podía imaginar -dijo Spencer-, ni que fuera tan visible el carácter de la crisis que aquí se está viviendo. Pero el otro día le sugerí a Jane Wingrave la conveniencia de presionar a su sobrino seriamente, y me ha tomado la palabra. Le han cortado los suministros..., están intentando rendirle por el hambre. No era eso lo que yo quería decir..., pero la verdad es que ya *ni sé* qué quería decir. Owen siente la presión, pero no cede. -Lo extraño era que, viéndose allí, el pequeño y caviloso preparador sabía todavía mejor, aunque entornase los ojos al hecho, que su propio ánimo había sucumbido a una oleada de reacción. Si estaba en aquella casa era porque estaba del lado del pobre Owen. Toda su impresión, toda su aprensión, se había tornado allí mucho más honda. Había algo en la propia resistencia del joven fanático que empezaba a encantarle. Cuando su esposa, en la intimidad de la conferencia que he citado, se quitó la máscara y encomió hasta con extravagancias la posición que había adoptado su discípulo (valía demasiado para ser un soldado horrible. Tenía la nobleza de sufrir por sus convicciones -¿no era impávido como un joven héroe, aunque tuviera la palidez de un mártir cristiano?), la buena señora no hacía sino expresar la solidaridad que él, so capa de considerer a su ex alojado como una rara excepción, ya había reconocido en su propia alma.

Porque media hora antes, después de tomar un té superficial en la parda y vetusta sala grande de la casa, aquel indagador en las razones de las cosas le había propuesto dar un breve paseo por el exterior antes de ir a vestirse, e incluso ya en la terraza, según caminaban juntos hacia uno de los extremos, había tomado del brazo suplicantemente a su acompañante, permitiéndose así una familiaridad desacostumbrada entre discípulo y maestro, y calculada para mostrar que había adivinado de quién podía esperar más comprensión. También Spencer Coyle había adivinado algo, por lo que no le sorprendió que el chico tuviera una confidencia particular que hacerle. Había sentido al llegar que cada uno de los miembros del grupo iba a querer ser el primero en apropiarse de él, y sabía que en ese momento Jane Wingrave estaría acechando a través de la antigua borrosidad de alguna ventana -la casa había sido tan poco modernizada que los cristales, gruesos y oscuros, tenían tres siglos-, para ver si su sobrino daba trazas de estar emponzoñando el espíritu del visitante. De modo que Coyle no perdió tiempo en recordarle al joven -aunque cuidando de dar un sesgo jocoso a sus palabras- que él no había venido a Paramore para dejarse corromper. Había venido para hacer, cara a cara, un último llamamiento, que esperaba no fuese enteramente inútil. Owen sonrió tristemente según caminaban, preguntándole si le veía con el aspecto general del que va a claudicar.

-Te veo extraño..., te veo enfermo -dijo Spencer Coyle muy sinceramente. Se habían detenido al llegar al extremo de la terraza.

-He tenido que ejercitar una gran capacidad de resistencia, y eso desgasta.

-¡Ay, hijo mío, ojalá que tu gran capacidad -porque evidentemente la tienes- se ejercitara en mejor causa!

Owen Wingrave, sonriente, bajó la mirada a su pequeño pero erguido instructor. «¡Eso no me lo creo!» Y a continuación añadió, para explicar por qué: «¿Lo que usted quiere (ya que por su bondad juzga positivamente mi carácter) no es verme ejercer *la mayor* capacidad, en una u otra dirección? Pues así es como ejerzo más.»

Reconoció haber tenido terribles sesiones con su abuelo, que le había atacado de una manera espeluznante. El ya contaba con que no les iba a hacer ninguna gracia, pero no se figuraba que fueran a armar tal escándalo. Lo de su tía fue distinto, pero igualmente insultante. Le habían hecho sentir que se avergonzaban de él; le acusaban de arrojar un baldón sobre su apellido. Era el único que se había echado atrás -el primero en trescientos años. En todas partes se había sabido que iba para el ejército, y ahora en todas partes se le conocería como un hipócrita que de repente fingía tener escrúpulos. Hablaban de sus escrúpulos como no se hablaría ni de un dios de los canibales. Su abuelo le había aplicado adjetivos intolerables. «Me ha llamado..., me ha llamado...» Al llegar aquí Owen flaqueó y se le quebró la voz. No había aspecto más alicaído en un joven de tan espléndida salud.

-¡Me lo imagino! -dijo Spencer Coyle con una risa nerviosa.

Los ojos empañados de su acompañante, como siguiendo las últimas y extrañas consecuencias de las cosas, se posaron por un instante en un objeto lejano. Luego buscaron los suyos, y durante otro momento los sondearon profundamente. «No es verdad. No. ¡No es *eso!*»

-¡Ni yo creo que lo sea! ¿Pero *tú* qué propones a cambio?

-¿A cambio de qué?

-De la estúpida solución de la guerra. Para negarla tendrías que sugerir por lo menos una alternativa.

-Eso es problema de los que mandan, de los gobiernos y los consejos de ministros -dijo Owen-. Ellos encontrarían en seguida la alternativa, en cada caso particular, si se les diera a entender que de no encontrarla acabarían en la horca... y cortados en cuatro. Que lo hagan delito capital; ¡íbamos a ver si no se les aguzaba el ingenio a los ministros! -Al hablar se le iba iluminando la mirada, y su aspecto denotaba seguridad y exaltación. Coyle dio un suspiro de triste desaliento: verdaderamente era un caso de obsesión. Veía que al momento siguiente Owen le preguntaría si él también le tenía por cobarde; pero calculó con alivio que no sospechaba de él en ese sentido o se retraía de plantear la pregunta. Spencer Coyle quería demostrar confianza, pero una declaración directa de que no ponía en duda el valor de Owen sería como un cumplido demasiado grosero -sería como decirle que no ponía en duda su sinceridad. La dificultad se allanó al cabo, cuando Owen siguió diciendo: -Mi abuelo no puede deshacer el mayorazgo, pero lo único que me quedará será esta casa, que, como usted sabe, es pequeña, y que según están las rentas ha dejado de producir ingresos. El tiene dinero... no mucho, pero de lo que hay me deshereda. Mi tía hará otro tanto..., así me lo ha comunicado. Me iba a dejar las seiscientas libras que tiene al año. Lo tenía todo dispuesto, pero ahora lo que está claro es que no veré ni un penique de eso si renuncio al ejército. Debo añadir, todo sea dicho, que yo por mi cuenta tengo trescientas libras anuales de mi madre. Y será la pura verdad si le digo que la pérdida del dinero me trae completamente al fresco.

-El joven respiró hondo y despacio, como una criatura dolorida; luego añadió: -¡No es *eso* lo que me preocupa!

-¿A qué te piensas dedicar entonces? -preguntó su amigo sin otro comentario.

-No lo sé..., a lo mejor a nada. A nada grande, en cualquier caso. ¡A algo pacífico!

Owen sonrió con gesto cansado, como si, en medio de su agobio, todavía pudiera apreciar el efecto humorístico de semejante declaración de labios de un Wingrave; pero lo que suscitó en su invitado, que le miraba pensando que al fin y al cabo no era en vano un Wingrave y demostraba marcial entereza bajo el fuego enemigo, fue la exasperación que semejante programa, que así expresado sólo podía parecerles el colmo de lo ignominioso, debía haber producido en su abuelo y en su tía. «A lo mejor a nada»: ¡cuando podía continuar la gran tradición! No. Owen no era débil, y era un chico interesante; pero estaba claro que desde cierto punto de vista podía sacar de quicio. «¿Qué es, entonces, lo que te preocupa?», demandó Coyle.

-Esta casa.... hasta el aire que se respira en ella. Hay voces extrañas que parece como si me murmurasen..., como si me dijeran cosas horribles al pasar. Me refiero a la conciencia y responsabilidad generales de lo que hago. Por supuesto que para mí no ha sido fácil... ¡ni mucho menos! Le aseguro que no es ningún placer. -Con una luz en ellos que era como un anhelo de justicia, Owen volvió a bajar los ojos hacia los del pequeño preparador, y prosiguió: -He despertado a todos los viejos fantasmas. Hasta los retratos me fulminan desde las paredes. Hay uno de mi tatarabuelo (el de esa historia extraña que usted conoce..., el que está en el segundo descansillo de la escalera grande) que yo diría que hasta rebulle en el lienzo, que resopla un poco cuando paso cerca. Tengo que subir y bajar las escaleras..., ¡es bastante molesto! Es lo que mi tía llama el círculo familiar, todos sentados muy serios formando tribunal. Aquí está constituido el círculo entero, es una especie de presencia tremenda que todo lo abarca, que se prolonga hacia el pasado, y el otro día, cuando veníamos, me decía mi tía que no iba a tener yo la insolencia de decir tales cosas en mitad de él. No tuvo más remedio que decírselas a mi abuelo; pero ahora que ya están dichas me parece que no hay más que hablar. Quiero irme...; no me importa que sea para no volver.

-¡Pero tú *eres* un soldado; tienes que dar la batalla! -rió Coyle.

Esta ligereza pareció desanimar al joven; pero, según daban media vuelta para regresar por donde habían venido, él mismo sonrió débilmente tras un instante y repuso: «¡Estamos todos contaminados!»

Hicieron en silencio parte del camino hasta el viejo pórtico; entonces el mayor de los dos, deteniendo el paso tras comprobar que la distancia a la casa era suficiente para que no le oyeran, preguntó a bocajarro: «¿Qué dice Kate Julian?»

-¿Kate Julian? -Owen se había ruborizado perceptiblemente.

-Estoy seguro de que ella no habrá ocultado *su* parecer.

-Es el mismo del círculo familiar, que la incluye, naturalmente. Aparte de que ella tenga el suyo propio.

-¿Su propio parecer?

-Su propio círculo familiar.

-¿Te refieres a su madre..., esa señora tan paciente?

-Me refiero más en particular a su padre, que cayó en combate. Como su abuelo, y el padre de su abuelo, y sus tíos y sus tíos abuelos..., todos cayeron en combate.

Coyle, ahora con expresión extrañamente fija, asimiló aquella respuesta. «¿No ha sido suficiente el sacrificio de tantas vidas? ¿Por qué quiere sacrificarte *a ti*?

-¡Porque *me odia*! -declaró Owen al tiempo que reanudaban la marcha.

-¡Ah sí, el odio de las chicas guapas a los jóvenes apuestos! -exclamó Spencer Coyle.

El no lo creía, pero su mujer sí, según se echó de ver al comentarle él la conversación mientras, de la manera que se ha dicho, ambos se vestían para la cena. La señora Coyle ya había descubierto, en la media hora que el grupo pasó en la sala grande, que no había cosa más odiosa que el comportamiento de la señorita Julian hacia el muchacho caído en desgracia; y a juicio de esta dama había que ser ciego para no ver que dicha señorita estaba ya intentando coquetear descaradamente con Lechmere hijo. Era una pena que hubieran llevado a ese bobo: en esos momentos estaba en la sala con aquel ser. Spencer Coyle tenía otra versión -le parecía que había en juego elementos más sutiles. La posición de aquella chica en la casa era inexplicable salvo sobre la base de estar predestinada al sobrino de la señorita Wingrave. Como sobrina del infortunado novio de la propia Jane Wingrave, desde muy temprano habíale destinado esta dama la misión de cerrar, mediante su enlace con la esperanza de la estirpe, la trágica brecha que había separado a sus mayores; y si a esto se respondía que a una muchacha de temperamento no le podía hacer gracia que nadie le dijera lo que tenía que hacer en ese terreno, el perspicaz amigo de Owen tenía ya preparado el argumento de que ninguna chica en la situación de Kate Julian haría la tontería de rehusar seriamente una oportunidad tan buena. En Paramore era de la casa y se sentía segura: por lo tanto podía concederse el entretenimiento de aparentar una posibilidad de escoger. No eran más que trucos inocentes y aires de importancia. Tenía un curioso encanto, y sería vano sostener que el heredero de aquella casa pudiera parecerle poco a una chica de dieciocho años, por muy lista que fuera. La señora Coyle le recordó a su marido que precisamente su ex pupilo ya *no* se contaba entre los de la casa: esta cuestión había sido uno de los temas en que emplearan su ingenio después del paseo de los dos hombres por la terraza. Spencer le contó entonces a su mujer que a Owen le daba miedo el retrato de su tatarabuelo. Como no se había fijado, se lo enseñaría al bajar.

-¿Y por qué el de su tatarabuelo más que los otros?

-Porque es el más temible. Es el que a veces se aparece.

-¿Dónde? -La señora Coyle se había vuelto dando un respingo.

-Donde le encontraron muerto..., en el Cuarto Blanco, como lo llaman desde siempre.

-¿Me estás diciendo que en esta casa hay un fantasma *probado*? -chilló casi la señora Coyle-. ¿Y me traes aquí sin avisar?

-¿No te lo conté al volver de mi otra visita?

-Ni palabra. No me hablaste más que de Jane Wingrave.

-¡Pero si me impresionó mucho la historia..., será que ya no te acuerdas!

-¡Pues tu obligación era habérmelo recordado!

-Si hubiera pensado en ello no te habría dicho nada..., porque entonces no habrías venido.

-¡Más me habría valido! -clamó la señora Coyle-. Pero -preguntó inmediatamente- ¿qué historia es ésta?

-Nada, un suceso violento que hubo aquí hace siglos. Creo que fue en tiempos de Jorge II cuando el coronel Wingrave, un antepasado de la familia, en un arrebato de ira, le propinó tal golpe en la cabeza a uno de sus hijos, casi un niño, que el desdichado murió. De momento se ocultó lo sucedido y se dieron otras explicaciones. Tendieron al pobre chico en una de las habitaciones del otro lado de la casa, y apresuraron el entierro en medio

de extraños rumores. Al día siguiente, cuando se reunió la familia, faltaba el coronel Wingrave; le buscaron en vano, y por fin a alguien se le ocurrió que acaso estuviera en aquel cuarto de donde habían llevado a su hijo a enterrar. Esa persona llamó a la puerta sin recibir respuesta..., y la abrió. El infeliz yacía muerto en el suelo, vestido, como si perdiendo el equilibrio se hubiera caído de espaldas, sin una herida, ni una señal, ni nada en su aspecto que revelase lucha ni sufrimiento. Era un hombre fuerte y sano..., nada podía explicar un ataque tan fulminante. Debió de ir a aquel cuarto por la noche, antes de acostarse, movido del arrepentimiento o fascinado por el miedo. Sólo después de aquello se supo la verdad de lo del chico. Pero en ese cuarto no duerme nadie.

La señora Coyle había palidecido un tanto. «¡Cómo quieres que duerman! ¡Gracias a Dios que nos han puesto ahí a nosotros!»

-Estamos bastante alejados...; yo conozco el lugar del hecho.

-¿Que tú has *estado*...?

-Sólo unos momentos. Están bastante ufanos, y mi joven amigo me lo enseñó la otra vez que vine.

Su esposa le miraba sin parpadear. «¿Y cómo es?»

-No es más que una alcoba vacía y sin gracia, de estilo antiguo, espaciosa y amueblada con cosas «de época». Está forrada de maderas hasta el techo, y se ve que hace muchísimos años la madera estuvo pintada de blanco. Pero la pintura ha amarilleado con el tiempo, y en las paredes hay colgados tres o cuatro «dechados» vetustos y extraños, con su marco y su cristal.

La señora Coyle miró en derredor con un estremecimiento. «¡Me alegro de que aquí no haya dechados! ¡En la vida he oído una cosa más siniestra! Vamos a cenar.»

Al bajar la escalera su marido le mostró el retrato del coronel Wingrave: la efigie, no carente de fuerza y estilo para su época, de un señor de facciones duras y armónicas, con casaca roja y peluca. La señora Coyle dictaminó que su descendiente el anciano sir Philip se le parecía muchísimo; y su marido pensó, aunque no lo dijo, que si uno tenía la valentía de pasearse de noche por los vetustos corredores de Paramore acaso se tropezase con una figura parecida, vagando, con fantasmal desasosiego, de la mano de la figura de un muchachito espigado. Según se dirigía al salón con su esposa se sorprendió de pronto arrepentido de no haber insistido más en que su discípulo se fuera a Eastbourne. La velada, sin embargo, parecía favorable para disipar presentimientos caprichosos, pues la severidad del círculo familiar, tal como Coyle había imaginado su composición, apareció mitigada por una representación del «vecindario». El grupo de comensales estaba reforzado por dos animados matrimonios, uno de ellos el formado por el vicario y su esposa, y un joven silencioso que había venido al campo a pescar. Lo cual fue un alivio para Coyle, que ya empezaba a preguntarse qué era, en resumidas cuentas, lo que se esperaba de él y por qué habría hecho la tontería de venir, y que vio entonces que al menos durante las primeras horas no habría que abordar directamente la situación. Y no sólo esto, sino que encontró, como ya encontrara antes, ocupación bastante para su ingenio en leer los diversos síntomas de los que era expresión el cuadro social desplegado ante él. El día siguiente sería seguramente agotador: preveía la dificultad del largo y decoroso domingo, y la sequedad de las ideas de Jane Wingrave, destiladas en ardua conferencia. Su padre y ella le harían ver que dependían de él para lo imposible, y si intentaban mezclarle en una política demasiado grosera quizá acabase dándoles su opinión sobre la misma -accidente que no era necesario para hacer de su visita una triste equivocación. De hecho el designio del viejo era evidentemente que sus amistades vieran en ella una muestra inequívoca de que no pasaba nada. La presencia del gran instructor londinense equivalía a una profesión de fe en los resultados del examen inminente. Estaba claro, aunque ello no dejara de sorprender al visitante principal, que se había obtenido de Owen el compromiso de no hacer nada que desmintiera la aparente concordia. Dejaba pasar las alusiones a sus duros trabajos, y, callado en cuanto a sus cosas, hablaba con las señoras tan amigablemente como si nadie le hubiera repudiado. Cuando Coyle, desde el otro lado de la mesa, sorprendió en un par de ocasiones su mirada, que dejaba entrever una pasión indefinible, halló un desconcertante patetismo en su rostro risueño: era imposible no sentir dolor ante un corderito tan visiblemente marcado para el sacrificio. «¡Demonios, qué lástima que sea tan luchador!», suspiró para sus adentros -y con una falta de lógica que era sólo superficial.

Esa idea, sin embargo, le habría absorbido más de no haber estado tan dominada su atención por Kate Julian, que ahora, teniéndola enfrente, le parecía una joven notable, y hasta posiblemente interesante. El interés no residía en ninguna gran hermosura, porque, aunque era guapa, con aquellos ojos rasgados, orientales, aquel cabello magnífico y aquella genérica originalidad descarada, Coyle había conocido otros cutis de mejor color y otras facciones que le gustaban más; el interés habitaba en una extraña impresión que daba Kate de ser exactamente la clase de persona que, dada su posición, las consideraciones vulgares, las de la prudencia y quizá hasta un poco las del decoro, le hubieran aconsejado no ser. Era lo que vulgarmente se llama un paniaguado -un

ser destituido, tutelado, tolerado; pero algo en su presencia toda proclamaba que si su situación era inferior, su genio, para compensar, estaba por encima de precauciones o sumisiones. No era que fuera agresiva, no: era demasiado indiferente para eso; era sólo como si, no teniendo nada que ganar ni que perder, pudiera darse el lujo de hacer lo que le viniera en gana. Pensaba Spencer Coyle en la posibilidad de que se estuviera jugando más cosas que las que parecía abarcar con la imaginación; fuera cual fuese esa cantidad, en fin, no había visto nunca a una mujer joven menos preocupada por andar sobre seguro. Se preguntó, inevitablemente, cómo serían las relaciones entre Jane Wingrave y una alojada así; pero ese género de preguntas eran, por supuesto, simas insondables. Acaso la aguda Kate mandase incluso sobre su protectora. Aquella otra vez que Coyle estuvo en Paramore había tenido la impresión de que, con sir Philip a su lado, la chica era capaz de luchar aunque se viera acorralada contra la pared. Kate era una diversión para sir Philip, le deleitaba, y a él le gustaba la gente intrépida; entre él y su hija, además, no había duda de quién estuviera más arriba en la escala de mando. Jane Wingrave da por sentadas muchas cosas, y más que ninguna el rigor de la disciplina y el destino del vencido y del cautivo.

Pero entre el inteligente delfín de los Wingrave y una compañera tan original de su niñez, ¿qué relación singular se habría trabado? No podía ser de indiferencia, pero partiendo de dos personas jóvenes, felices y agraciadas era todavía menos probable que fuera de aversión. No eran Pablo y Virginia, pero tenían que haber tenido su verano común y su idilio: a ninguna buena chica podía dejar de gustarle tan buen chico como no fuese por no gustarle ella a él, y ningún buen chico podía resistirse a aquella proximidad. Coyle recordaba, sí, que por lo que le había contado la señora Julian no parecía que la proximidad hubiera sido ni mucho menos constante, debido a las estancias de su hija en el colegio, y las de Owen; sus visitas a unos cuantos amigos que tenían la bondad de «llevársela» de vez en cuando; sus temporadas en Londres -tan difíciles de organizar, pero todavía posibles con la ayuda de Dios- para «perfeccionarse» en el dibujo, en el canto, sobre todo en el dibujo, o mejor dicho en la pintura al óleo, por la que había sido muy elogiada. Pero también había dicho la buena señora que los chicos eran enteramente como hermanos, lo cual *era* un poco, en el fondo, lo de Pablo y Virginia. La señora Coyle tenía razón, y era evidente que Virginia estaba haciendo todo lo posible por endulzarle las horas a Lechmere hijo. No había un torrente de conversación que exigiera graves esfuerzos de nuestro crítico para pensar estas cosas: el tono de la ocasión, gracias principalmente a los otros invitados, no daba pie a divagaciones: tendía a la repetición de anécdotas y a la glosa de las rentas, temas que se apretaban entre sí como animales temerosos. Juzgaba Coyle con qué intensidad ansiaban sus anfitriones que la velada transcurriera como si nada hubiera sucedido; y esto le daba la medida de su íntimo resentimiento. Antes de que acabase la cena se halló inquieto por su segundo pupilo. El joven Lechmere, desde que empezó a prepararse, había hecho todo lo que se podía esperar de él; pero eso no impedía la percepción presente de su preparador de que en los momentos relajados era inocente como un recién nacido. Coyle había ido pensando que las distracciones de Paramore seguramente le servirían de tónico, y el comportamiento del pobre muchacho confirmaba lo acertado del pronóstico. El tónico había sido inequívocamente administrado; había llegado en forma de revelación. La luz que brillaba en la faz de Lechmere hijo proclamaba, con un candor que era casi una llamada a la compasión, o cuando menos una eximente del ridículo, que jamás había conocido nada semejante a Kate Julian.

IV

Ya en el salón, después de la cena, la joven halló ocasión de abordar al ex preceptor de Owen. Se detuvo ante él un momento, sonriendo a la vez que abría y cerraba el abanico, y luego dijo bruscamente, alzando sus extraños ojos: «Sé a qué ha venido usted, pero es inútil.»

-He venido a atenderla a usted un poquito. ¿Eso es inútil?

-Es muy cortés. Pero yo no soy el tema del día. No podrá usted hacer nada con Owen.

Spencer Coyle vaciló un momento. «Y usted, ¿que piensa hacer con su joven amigo?»

Ella miró en derredor, abriendo mucho los ojos. «¿Con Lechmere? ¡Pobrecito mío! Hemos estado hablando de Owen. Le admira muchísimo.»

-Y yo también, debo decirlo.

-Todos le admiramos. Por eso estamos tan desesperados.

-¿Así que usted personalmente *querría* que fuese militar? -preguntó el visitante.

-Tengo todas mis esperanzas puestas en ello. Adoro el ejército, y le tengo muchísimo cariño a quien fue mi amigo de la infancia -dijo Kate Julian.

Spencer recordó la distinta versión de su actitud que daba él; pero juzgó leal no discutir. «No hemos de pensar

que su amigo de la infancia no le tenga cariño a usted. Por lo tanto, deseará complacerla; y no veo por qué no pueda eso arreglarse entre un par de jóvenes inteligentes como son ustedes.»

-¡Complacerme! -repitió la señorita Julian-. Lamento decirle que no manifiesta el menor deseo. Me tiene por necia y descarada. Le he dicho lo que pienso de él, y me detesta.

-¡Pero si piensa usted muy buenas cosas! Acaba de decirme que le admira.

-Su talento y sus posibilidades sí; hasta su aspecto personal, si se puede decir. Pero no su conducta en este momento.

-¿Ha hablado usted de eso con él? -preguntó Spencer.

-Ya lo creo, me he atrevido a serle franca..., porque me pareció que la ocasión lo permitía. No le podía gustar lo que le he dicho.

-¿Qué le ha dicho?

La joven, pensando un momento, volvió a abrir y cerrar el abanico. «Pues..., siendo como somos amigos de tanto tiempo... ¡le he dicho que su conducta no es ni mucho menos la de un caballero!»

Dicho esto sus ojos se cruzaron con los de Coyle, que se asomó a sus ambiguas profundidades. «¿Qué le hubiera dicho, entonces, de no existir ese vínculo?»

-¡Es curioso que *usted* lo pregunte... de esa manera! -replicó ella echándose a reír-. No comprendo su posición: ¡yo creía que lo suyo era *formar* soldados!

-Acepte mi modesta broma. Pero en el caso de Owen Wingrave no hay nada que «formar» -declaró Coyle-. A mi entender -y el pequeño preparador hizo una pausa, como consciente de incurrir en una paradoja-, a mi entender ya *es*, en un sentido elevado de la palabra, un luchador.

-¡Pues que lo demuestre! -exclamó ella con impaciencia y volviéndole la espalda bruscamente.

Spencer Coyle la dejó marchar; algo había en aquel tono que le molestaba, y aun que le escandalizaba un poco. Evidentemente había habido una escena violenta entre aquellos jóvenes, y la reflexión de que al fin y al cabo no era cosa de su incumbencia no hacía sino intranquilizarle más. Aquella casa era, en efecto, una casa militar, y ella en cualquier caso era una damisela que tenía puesto su ideal de hombría -porque sin duda todas las damiselas tenían sus ideales de hombría- en el tipo del guerrero consagrado. Era un gusto como otro cualquiera; pero todavía un cuarto de hora más tarde, encontrándose cerca de Lechmere, que encarnaba ese ideal, Spencer Coyle seguía estando tan molesto que abordó al inocente mozo con una cierta sequedad profesoral. «Que conste que no estás obligado a trasnochar. No es para eso para lo que te he traído.» Los invitados a la cena se estaban despidiendo, y las velas para los dormitorios parpadeaban en significativa hilera. Pero el joven estaba muy gratamente agitado para sentir desaires: tenía una fijación feliz que le hacía sonreír casi de oreja a oreja.

-Si estoy deseando que llegue la hora de acostarse. ¿Sabe usted que hay una habitación muy animada?

Coyle dudó un instante sin recoger la insinuación; luego habló al dictado de su tensión general. «¿No te habrán puesto ahí?»

-Desde luego que no: hace siglos que nadie pasa allí la noche. Pero eso es exactamente lo que yo quiero... sería la mar de divertido.

-¿Y te has dedicado a obtener el permiso de la señorita Julian?

-Dice que *ella* no es quien lo puede dar. Pero cree en todo eso, y sostiene que hasta ahora nadie se ha atrevido.

-¡Ni se atreverá! -dijo Spencer con decisión-. Y particularmente un hombre en tu crítico estado debe pasar la noche con tranquilidad.

Lechmere hijo dio un suspiro apenado pero razonable. «Está bien. Pero ¿no me puedo quedar a darle un toque a Wingrave? Aún no he tenido ocasión.»

Coyle consultó su reloj. «Puedes fumar *un* cigarrillo.»

Sintió una mano en el hombro, y volviéndose vio a su mujer echándole cera derretida sobre la chaqueta. Las señoras se iban a la cama, y era la hora oficial de sir Philip; pero la señora Coyle comunicó confidencialmente a su marido que después de oírle contar aquellos horrores se negaba en rotundo a quedarse sola en ninguna parte de la casa, aunque fuera por muy poco tiempo.

El prometió seguirla al momento, y tras los saludos de rigor las señoras se retiraron. En Paramore se mantenían las formas con tanta bravura como si ninguna congoja ensombreciera el caserón. La única que Coyle echó en falta fue la salutación de Kate Julian, que no le dirigió ni una palabra ni una mirada; pero sí la vio mirar con dureza a Owen. Su madre, apocada y compadecida, fue al parecer la única de quien el joven recibió una inclinación de cabeza. Jane Wingrave acaudilló la marcha de las tres damas -un pequeño desfile de velas temblorosas- por la ancha escalera de roble y más allá del retrato vigilante del malhadado ancestro. Compareció el criado de sir Philip para ofrecer su brazo al anciano, que volvió una tiesa espalda al pobre Owen cuando el

chico hizo un vago ademán de adelantarse a prestar ese servicio. Coyle supo más tarde que antes de que Owen cayera en desgracia había sido siempre suyo el privilegio, cuando estaba en casa, de llevar ceremoniosamente a su abuelo a descansar. Ahora sir Philip, desdeñoso, había cambiado de costumbres. Sus habitaciones estaban en el piso bajo, y hacia ellas se fue arrastrando los pies, pero muy derecho, con la ayuda de su mayordomo, luego de fijar por un momento, significativamente, sobre el más responsable de sus visitantes aquel rayo rojo y denso, como relumbre de ascuas removidas, que hacía que sus ojos desentonaran extrañamente de la suavidad de sus modales. Fue como decirle al pobre Spencer: «¡Mañana nos las veremos con ese golfo!» Cualquiera hubiera deducido de aquella mirada que lo menos que había hecho el golfo, que en ese momento se alejaba hasta el otro extremo de la sala, era falsificar un cheque. Su amigo le contempló por un instante; le vio dejarse caer nervioso en un sillón, y levantarse en seguida con desasosiego. Este mismo movimiento volvió a llevarle a donde Coyle dictaba sus últimas órdenes al joven Lechmere.

-Me voy a la cama, y tengo particular empeño en que hagas lo que te estaba diciendo hace un momento. Te fumas un solo cigarrillo aquí con nuestro anfitrión y luego te vas a tu cuarto. Ay de ti como yo me entere de que has estado por la noche haciendo majaderías. -El joven Lechmere, con la mirada baja y las manos en los bolsillos, no decía nada -no hacía más que tirar de la esquina de una alfombra con la punta del pie; de modo que su compañero de visita, no satisfecho con promesa tan tácita, se volvió a Owen y siguió diciendo: -Wingrave, tengo que pedirte que no me tengas levantado a un sujeto tan sensible...; es más, que le lleves a la cama y le encierres con llave. -Y como Owen le mirase un instante sin entender, aparentemente, el motivo de tanta solicitud, añadió: -Lechmere siente una curiosidad morbosa por una de vuestras leyendas..., de vuestras habitaciones históricas. Córtalesela de raíz.

-¡Ah, la leyenda no está mal, pero lo de la habitación me temo que sea un timo! -rió Owen.

-¡Tú sabes que no te crees eso que estás diciendo! -le replicó Lechmere hijo.

-Yo creo que no -Coyle observó las ráfagas de rubor sobre el rostro de Owen.

-¡El no sería capaz de pasar allí una noche! -prosiguió su acompañante.

-Ya sé quién te lo ha dicho -dijo Owen, encendiendo torpemente un cigarrillo en la vela, sin ofrecer a ninguno de sus amigos.

-¿Y qué pasa por eso? -preguntó el más joven de éstos, un poco colorado-. ¿Las quieres *todas* para ti? -continuó en broma, hurgando en la pitillera.

Owen Wingrave se limitó a fumar en silencio; luego repitió: «Sí..., ¿qué pasa por eso? Pero ella no sabe», añadió.

-¿No sabe qué?

-¡No sabe nada!... ¡Yo le meteré en la cama! -siguió alegremente para Coyle, que vio que su presencia, ahora que había sonado cierta nota, estorbaba a los jóvenes. Sentía curiosidad, pero había discreciones y delicadezas, frente a sus discípulos, que siempre había hecho gala de practicar; escrúpulos que sin embargo no le impidieron, conforme iniciaba la marcha hacia el piso de arriba, recomendarles que no fueran borricos.

En lo alto de la escalera, para su sorpresa, se encontró con Kate Julian, que al parecer bajaba otra vez. No había empezado a desvestirse, ni el verle la desconcertó perceptiblemente. Aun así, en tono un tanto discordante del rigor con que diez minutos antes se había desentendido de él, dejó caer estas palabras: «Voy a buscar una cosa. He perdido una alhaja.»

-¿Una alhaja?

-Una turquesa de bastante valor, del broche. ¡Como es el único adorno *de verdad* que tengo el honor de poseer...! -E inició el descenso.

-¿Quiere que la ayude a buscarla? -preguntó Spencer Coyle.

Ella se detuvo unos peldaños más abajo volviendo a él sus ojos orientales. «¿No son las voces de nuestros amigos lo que se oye en la sala?»

-Ahí están los eximios jóvenes.

-Pues *ellos* me ayudarán. -Y Kate Julian siguió bajando.

Spencer Coyle estuvo tentado de seguirla, pero acordándose de su tacto marchó a reunirse con su mujer en el dormitorio. Retrasó, sin embargo, el irse a la cama, y aunque se asomó al vestidor no tuvo impulso ni para quitarse la chaqueta. Durante media hora hizo como si leyera una novela, tras de lo cual, silenciosamente aunque no sin agitación, salió del vestidor al pasillo. Siguió por el corredor hasta la puerta de la habitación que sabía que se le había asignado al joven Lechmere, y le tranquilizó hallarla cerrada. Media hora antes la había visto abierta; podía dar por hecho, pues, que el aturdido mozo se había ido a acostar. Era eso lo que había querido comprobar, que iba ya a retirarse cuando oyó un ruido en la habitación: el ocupante estaba haciendo

algo, en la ventana, indicativo de que podía llamar sin miedo a despertar a su pupilo. Salió, en efecto, a la puerta Lechmere hijo en mangas de camisa. Dejó entrar a su visitante con cierta sorpresa, y éste, cuando la puerta volvió a cerrarse, dijo: «No quiero amargarte la vida, pero me sentía en la obligación de comprobar que no te expones a excitaciones innecesarias.»

-¡Hay todas las que se quiera! -dijo el ingenuo joven-. Kate Julian volvió a bajar.

-¿En busca de una turquesa?

-Eso dijo.

-¿La encontró?

-No sé. Yo me vine. La dejé con el pobre Owen.

-Muy bien hecho -dijo Spencer Coyle.

-No sé -repitió intranquilo Lechmere-. Les dejé peleándose.

-¿Por qué?

-Yo no lo entiendo. ¡Son muy raros los dos!

Spencer reflexionó. Tenía, fundamentalmente, sus principios y su alto sentido del decoro, pero lo que en aquel instante tenía en particular era una curiosidad, o mejor, llamándolo por su verdadero nombre, una solidaridad que le hizo dejarlos de lado. «¿A ti te parece que la ha tomado con él?», se permitió preguntar.

-¡Y cómo!... ¡si hasta le dice que miente!

-¿A qué te refieres?

-*Delante de mí.* Por eso les he dejado; se estaba poniendo el aire demasiado cargado. Cometí la tontería de volver a sacar el tema del cuarto maldito, y dije que sentía mucho haber tenido que prometerle a usted no ir a probar suerte.

-¡No se puede fisgar de esa manera en una casa ajena..., no se puede uno tomar esas libertades! -exclamó Coyle.

-Yo no he hecho nada..., mire qué buen soy. ¡Yo no quiero ni *acercarme!* -dijo el joven Lechmere en tono confidencial-. Kate Julian me dijo: «Ah, seguro que *tú* sí te atreverías, pero» -y en éstas se volvió hacia el pobre Owen riéndose- «sería mucho pedir de quien ha optado por una línea de conducta tan singular.» Se veía que ya había habido algo entre los dos acerca del tema..., que ella le había provocado o le había desafiado. Puede ser que lo dijera sólo en broma, pero lo que está claro es que la renuncia de Owen a la carrera había suscitado la cuestión de su..., digamos de su falta de coraje.

-¿Y Owen qué dijo?

-Al principio nada; pero después dijo muy tranquilo: «He pasado toda la noche en ese maldito cuarto.» Ante eso los dos nos quedamos de piedra, y Kate le contestó que esa historia había que contarla mejor, que había que sacarle más jugo. «No es una historia..., es una simple realidad», dijo Owen, y ella entonces, riéndose de él, le preguntó que por qué, si era verdad, no se lo había contado esta mañana, sabiendo lo que pensaba de él. «Lo sé, hija mía, pero me da igual», dijo el pobrecillo. Eso la enfureció, y le preguntó muy en serio si le daría igual saber que pensaba que estaba intentando engañarnos.

-¡Qué bruta! -exclamó Spencer Coyle.

-Es una mujer muy extraña..., yo no sé qué pretende -boqueó el joven Lechmere.

-¡Extraña tiene que ser, sí..., para andar tonteando y diciendo tonterías ante un par de disipados y a tales horas de la noche!

Pero Lechmere hizo su puntualización. «Lo digo porque yo creo que le aprecia.»

A Coyle le sorprendió tanto este inusitado síntoma de sutileza, que repuso como un rayo: «¿Y crees que *él* la aprecia a ella?» Lo cual produjo en su educando un súbito desaliento y un suspiro lastimero. «No lo sé... ¡me rindo!... Pero estoy seguro de que *sí* vio algo u oyó algo», añadió el joven.

-¿En ese lugar ridículo? ¿Por qué estás tan seguro?

-Por cómo veo a Owen. Yo creo que se tiene que notar..., en un caso así. Owen actúa como si sí hubiera habido algo.

-¿Entonces por qué no iba a decirlo?

El joven Lechmere recapacitó y encontró. «A lo mejor es tan malo que no se puede nombrar.»

Spencer Coyle se echó a reír. «¿Y *tú* no te alegras de no estar metido?»

-¡Muchísimo!

-Anda, ganso, vete a la cama -dijo Spencer con renovada hilaridad nerviosa-. Pero antes dime qué respuesta ha dado Owen a la acusación de estarlos engañando.

-¡Pues llévame tú y enciérrame dentro!

-¿Y le ha llevado?

-No lo sé... yo me vine.

Coyle cruzó una larga mirada con su discípulo. «No creo que sigan estando en la sala. ¿Dónde está la habitación de Owen?»

-No tengo la menor idea.

Coyle no sabía qué hacer; estaba en la misma ignorancia, y no se podía poner a probar puertas. Aconsejó a Lechmere entregarse al sueño, y salió al corredor. Caviló si sería capaz de encontrar la habitación que Owen le había mostrado una vez, recordando que en común con muchas de las otras tenía pintado un letrero con su nombre antiguo. Pero los corredores de Paramore eran intrincados; además parte de la servidumbre estaría levantada todavía, y no quería dar la impresión de merodear sin motivo. Regresó a su cuarto, donde la señora Coyle no tardó en advertir que su marido seguía sin poder darse al descanso. Como ella misma confesó tener por su parte, en aquel lugar terrible, una sensación acrecentada de «repeluzno», pasaron las primeras horas de la noche en conversación, e inevitablemente entretuvieron una parte de esa vigilia con el relato que hizo Coyle de su coloquio con Lechmere, y el intercambio de opiniones que el mismo suscitó. A eso de las dos la señora Coyle estaba tan preocupada por su joven amigo perseguido, y tan poseída por el temor de que aquella chica retorcida se hubiera aprovechado de la invitación de Owen para someterle a una prueba abominable, que rogó a su marido que fuera a hacer averiguaciones, aunque fuese en detrimento de su propia tranquilidad. Pero Spencer, contumaz, había acabado acomodándose, a medida que sobre ellos se tendía el perfecto silencio de la noche, en una pálida aceptación de que Owen estuviera dispuesto a arrostrar sabía Dios que impía tensión -prueba tanto más dura para una sensibilidad excitada cuanto que el pobre chico ya había aprendido, por la experiencia de la noche anterior, qué esfuerzo tan resuelto tendría que hacer. «Yo espero que *esté* ahí -dijo a su mujer-; ¡es la manera de demostrar la vileza con que le están tratando todos!» En cualquier caso, no podía comprometerse a explorar una casa que conocía tan poco. Inconsecuentemente, tampoco se preparó para acostarse. Se sentó en el vestidor con su luz y su novela -esperando que llegase la cabezada. Al cabo la señora Coyle se dio media vuelta y dejó de hablar, y al cabo también él se quedó dormido en el sillón. Cuánto tiempo estuvo durmiendo sólo lo supo después por cálculos; lo que primero supo fue que se había despertado confuso y bajo la impresión de un sonido espantoso. Su conciencia se aclaró de prisa, ayudada sin duda por un grito corroborante que salió del cuarto de su esposa. Pero Coyle no tenía oídos para su esposa; ya se había puesto en dos zancadas en el corredor. Allí el sonido se repitió: era el «¡Socorro! ¡Socorro!» de una mujer empavorecida. Venía de un sector lejano de la casa, pero indicaba suficientemente de cuál. Coyle corrió sin parar, con ruido de puertas que se abrían y voces asustadas en los oídos y la débil luz del alba en los ojos. Al doblar el recodo de un pasillo dio ante sí con la blanca figura de una mujer desmayada sobre un banco, y al vívido fulgor de la revelación leyó sin detenerse que Kate Julian, demasiado tarde tocada su soberbia por una punzada de contrición por lo que había hecho con ánimo de burla, y viniendo a liberar a la víctima de su escarnio, había retrocedido, aplastada, ante la catástrofe que era su obra -la catástrofe que al momento siguiente él mismo contemplaba horrorizado desde el umbral de una puerta abierta. Owen Wingrave, vestido como le había visto por última vez, yacía muerto en el lugar donde encontrarán a su antepasado. Tenía todo el aspecto del joven combatiente sobre el campo conquistado.